



ÀREA  
TEOLÒGICA

---

VIDA CONSAGRADA



CARMELITAS DESCALZAS  
PROYECTO DE FORMACIÓN CICLA NORTE

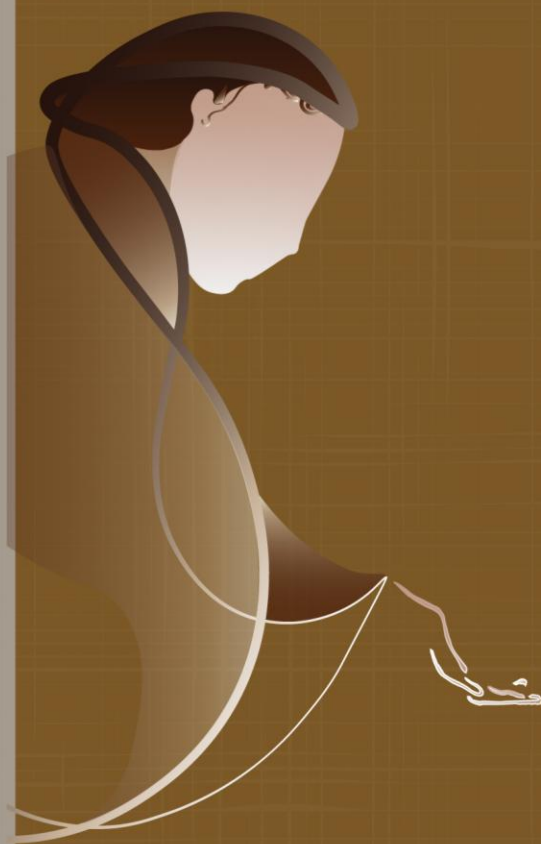
AT01

# VIDA CONSAGRADA

TEOLOGÌA • ESPIRITUALIDAD • HISTORIA

apuntes - Guìa de estudio  
para la formaciòn permanente

FICHA I



CARMELITAS DESCALZAS  
PROYECTO DE FORMACIÒN CICLA NORTE

## Contenido

Presentación .....	2
Siglas .....	3
Introducción .....	4
Centrar teológicamente la vida religiosa.....	4
1. <i>Un diagnóstico y una consigna</i> .....	5
2. <i>Centrar 'teológicamente' es centrar 'cristológicamente'</i> .....	6
3. <i>Seguimiento evangélico de Cristo</i> .....	8
4. <i>¿Qué es seguir evangélicamente a Cristo?</i> .....	9
5. <i>Hacia una definición teológica de vida religiosa</i> .....	15
Actividad .....	18

## Presentación

Durante el encuentro “Monjas-Frailes” de la Cicla norte celebrada en Santo Domingo, RD., en febrero de 2018, se decidió dar continuidad a lo determinado en la precedente reunión homónima de Nicaragua 2015, en la que se acordó que:

*“Para profundizar, acrecentar y practicar una presencia con identidad carismática: organícese un plan de estudios que ayude a todos los miembros de la CICLA norte –sobre todo en formación permanente-, a retomar los valores esenciales de identidad vocacional: seguimiento de Cristo, elementos existenciales del Carmelo y la forma como se están viviendo según las nuevas circunstancias de la historia. Realícese teniendo en cuenta los modelos formativos y las nuevas tecnologías, presentando las exigencias de los avances en la reflexión teológica. Vigílese que los contenidos abarquen las dimensiones: humana, bíblica, teológica y carmelitana, todo ello desde una visión latinoamericana.”*

Durante un trienio, tres equipos de trabajo -formados por monjas y frailes- de las diversas circunscripciones, a saber: México, Centroamérica y Caribe, hicieron propuestas de contenido y plantearon criterios de elaboración. El resultado de un trabajo de síntesis de los tres enfoques fue esbozado en el encuentro de 2018; allí se nombró una nueva comisión, ésta de carácter operativo, que diera seguimiento y concretara el proyecto de formación permanente.

Estos *apuntes-guía* se presentan en este escenario. Una posible guía auxiliar que, enriquecida con la creatividad y conocimientos de los miembros de cada monasterio, se ofrezca para un trabajo en común de reconocimiento, asimilación y profundización del tema propuesto con la pedagogía y ritmo que cada comunidad establezca.

Los presentes *apuntes-guía* se basan en la extensa y sapiente experiencia de conocedores de la materia y, concreta y principalmente, los esquemas de reflexión planteados por Severino María Alonso en, *La vida consagrada. Síntesis teológica*. (Publicaciones Claretianas, Madrid, 12ª. ed.) y Camilo Maccise Maccise, (*100 fichas sobre la vida consagrada*, ed. Monte Carmelo, Burgos, 2005).

El reciente documento obsequiado por la Sede Apostólica, *Vultum Dei quaerere*, recordaba: “*La formación, y en especial la permanente, «exigencia intrínseca de la consagración religiosa», tiene su humus en la comunidad y en la vida cotidiana. Por este motivo, recuerden las hermanas que el lugar ordinario donde acontece el camino formativo es el monasterio y que la vida fraterna en comunidad debe favorecer ese camino en todas sus manifestaciones.*” (n. 14).

Es deseo que estos *apuntes-guía*, apoyen en la consecución de la encomienda

México, 2019

## Siglas

AA	CONCILIO VATICANO II, Decreto <i>Apostolicam actuositatem</i> .
AG	CONCILIO VATICANO II, Decreto <i>Ad gentes divinitus</i> .
CIVCSVA	Congregación para los institutos de vida consagrada y las sociedades de vida apostólica.
ChFL	JUAN PABLO II, Exhortación apostólica <i>Christifideles laici</i> , 1988 CPF CIVCSVA, <i>La colaboración entre institutos para la formación</i> , 1998.
DCVR	CRIS, <i>Dimensión contemplativa de la vida religiosa</i> , 1980.
DP III	ASAMBLEA GENERAL DEL EPISCOPADO LATINOAMERICANO, <i>Documento de Puebla</i> , 1979.
DSD IV	ASAMBLEA GENERAL DEL EPISCOPADO LATINOAMERICANO, <i>Documento de Santo Domingo</i> , 1992.
DV	CONCILIO VATICANO II, Constitución dogmática <i>Dei Verbum</i> .
EE	CRIS, <i>Elementos esenciales de la doctrina de la Iglesia sobre la vida religiosa, aplicados a los Institutos dedicados a las obras de apostolado</i> , 1983.
EN	PABLO VI, Exhortación apostólica <i>Evangelii nuntiandi</i> , 1975. ES PABLO VI, <i>Motu proprio Ecclesiae sanctae</i> , 1966.
ET	PABLO VI, Exhortación apostólica <i>Evangelica Testificatio</i> , 1971.
GS	CONCILIO VATICANO II, Constitución pastoral <i>Gaudium et spes</i> . LG CONCILIO VATICANO II, Constitución dogmática <i>Lumen Gentium</i> .
MR	CRIS – CONGREGACIÓN PARA LOS OBISPOS, <i>Mutuae relationes</i> , 1978.
NA	CONCILIO VATICANO II, Declaración <i>Nostra aetate</i> .
NCIC	<i>Nuevo catecismo de la Iglesia católica</i>
NMI	JUAN PABLO II, Carta apostólica <i>Novo Millennio Ineunte</i> , 2001. PC CONCILIO VATICANO II, Decreto <i>Perfectae caritatis</i> .
PI	CIVCSVA, Documento <i>Potissimum institutioni</i> . Orientaciones sobre la formación en los institutos religiosos. 1990.
RM	JUAN PABLO II, Carta Encíclica <i>Redemptoris missio</i> , 1990. SRS JUAN PABLO II, Carta Encíclica <i>Sollicitudo rei socialis</i> , 1987.
SC	CONCILIO VATICANO II, Constitución <i>Sacrosanctum Concilium</i> .
UISG	Unión internacional de superioras generales
UR	CONCILIO VATICANO II, Decreto <i>Unitatis redintegratio</i> .
USG	Unión de superiores generales.
VC	Exhortación apostólica postsinodal <i>Vita consecrata</i> , 1996.
VFC	CIVCSVA, <i>Vida fraterna en comunidad. Congregavit nos in unum Christi amor</i> . 1994.

## FICHA 1

### Introducción

### Centrar teológicamente la vida religiosa

#### Vivir responsablemente

*Conviene* preguntarse alguna vez, con valentía y sin miedo, por la razón última de la propia vida y por su definitiva justificación. Porque hay que vivir responsablemente. No se puede vivir por inercia, por mera costumbre, por el simple hecho de vivir. La rutina y la inconsciencia atentan siempre contra la verdadera vida.

¿Qué es y qué *significa ser religioso*? ¿Cuál es el fundamento último de este modo de vida humano-cristiana que llamamos *vida religiosa*?

Cada uno tiene que saber responder a estas fundamentales preguntas y dar razón de la propia esperanza, como pedía San Pedro (cf. 1Pe 3,15). Sólo entonces puede decirse que vive verdaderamente.

Ahora bien, para saber responder y para dar razón -desde una lúcida experiencia- de la propia vida religiosa es preciso haber descubierto su fundamento último y su último sentido. Constituye un grave error y una fundamental equivocación construir la vida -humana, cristiana y religiosa- sobre cimientos inseguros o provisionales, sin tomarse la necesaria precaución de ahondar primero hasta encontrar una base suficientemente sólida, capaz de resistir cualquier vendaval ideológico o moral. Las palabras de Jesús siguen siendo una seria advertencia. No se puede edificar sobre arena movediza, sino sobre roca firme, si se quiere que el edificio tenga consistencia y pueda sostenerse airoso frente a todas las posibles tempestades (cf. Mt 7,24-27).

San Pablo nos recuerda que cada uno puede libremente construir con el material que quiera. Pero advierte que, «en cuanto al *fundamento*, nadie puede poner otro distinto del que ya está puesto: *Cristo Jesús*» (1Cor 3,11-12). Todo el universo ha sido creado en él y para él y «todas las cosas tienen en él su consistencia» (Col 1,17). Como ha dicho, en expresión sintética y exacta, Juan Pablo II en la encíclica *Redemptor hominis*, «Jesucristo es el centro del cosmos y de la historia» (RH 1). Dios y el hombre se nos revelan en la Persona de Jesús.

Quien le ve a Él, ve al *Padre* (cf. Jn 14,9) y ve también al *hombre* pensado y querido por Dios. Sólo Cristo revela al hombre su propio misterio de humanidad y le descubre su propia grandeza y el sentido de su vida. «Cristo revela plenamente el hombre al mismo hombre» (RH 9,10). «El misterio del hombre, dice el Concilio, sólo se esclarece en el misterio del Verbo Encarnado» (GS 22). El hombre es enigma indescifrable para sí mismo y se encuentra inevitablemente abocado al fracaso y a la desesperación, sin Cristo.

«En Cristo y por Cristo, añade Juan Pablo II, *Dios* se ha revelado plenamente a la humanidad y se ha acercado definitivamente a ella y, al mismo tiempo, en Cristo y por Cristo, el *hombre* ha conseguido plena conciencia de su dignidad, de su elevación, del valor trascendental de la propia humanidad, del sentido de su existencia» (RH 11).

La verdadera *teología*, como la verdadera *antropología* -en este plan histórico de salvación que estamos viviendo- es *la cristología*. En Cristo, y sólo en él, conocemos al verdadero *Dios*. Y en Cristo, y sólo en él, conocemos al *hombre* verdadero, tal como Dios lo ha pensado y querido. Porque hemos sido creados en Cristo y hemos sido predestinados a reproducir en nosotros su imagen (cf. Rm 8,29) y a conseguir su plena madurez de hombre perfecto (cf. Ef 4,13).

### ***1. Un diagnóstico y una consigna***

Es ya un tópico -aunque no por eso ha dejado de ser una dolorosa verdad- afirmar que estamos viviendo una situación universal de *crisis*. Una crisis de valores, de actitudes y hasta de conciencia. Toda crisis es, sin duda, un momento de tensión y de sufrimiento. Pero es también un momento de gracia y de purificación. La crisis obliga siempre a purificar y a purificarnos, a discernir y a comprometernos. Y toda purificación es buena, aunque sea dolorosa; y todo compromiso es saludable, aunque sea incómodo.

La Sagrada Congregación para la Educación Católica nos ofreció, el 24 de octubre de 1970, un diagnóstico grave -y acertado sobre la vida religiosa y un análisis serio de las causas que, a su juicio, estaban influyendo más decisivamente en la crisis por la que atravesaba entom.es la misma vida religiosa.

En una carta dirigida a la Universidad de Salamanca, con ocasión de haber abierto en la Escuela Universitaria de Pedagogía Religiosa (EUPER), dependiente de la misma Universidad, una *Sección de Teología de la Vida Religiosa*, la Sagrada Congregación señalaba como raíces de la citada crisis: *la falta de formación humana y teológica* de los religiosos; *el desconocimiento*, por parte de muchos, de lo que *son* y de lo que *deben ser*, en cuanto religiosos.

El diagnóstico pudiera todavía hoy considerarse fundamentalmente válido. Es cierto que las oportunidades de formación han sido numerosas. Los Institutos -salvo lamentables excepciones, que no pasan de ser excepciones- se han empeñado responsablemente en ofrecer a todos sus miembros los mejores medios a su alcance para favorecer esta formación humana y teológica. Sin embargo, creemos que los resultados no han respondido a los esfuerzos. Algunos religiosos se han mostrado y se muestran aún reacios a esta formación o

mentalización, por diversas causas o motivos. Unos, quizás por una cierta *autosuficiencia*, que les permite creer que no la necesitan y que nadie les puede enseñar algo que ellos realmente ignoren. Otros, ante el temor de perder su propia seguridad o de ver turbada su tranquilidad interior, se cierran a esta formación en nombre de la fidelidad y prefieren mirar al pasado y seguir anclados en lo que han vivido. Otros, con los mejores deseos de responder a las directrices de la Iglesia y de sus respectivas Congregaciones, han asistido a numerosos cursos de formación y, muchas veces, se han visto sorprendidos en su buena fe por novedades peligrosas que les han desorientado.

Bastantes religiosos, sin embargo, han alcanzado ya un nivel de formación humana y teológica -específicamente en teología de la vida religiosa- que permite albergar para el futuro las mejores esperanzas.

Son todavía muchos los religiosos que no aciertan a saber -con rigor y desde la misma experiencia- *en qué consiste ser religioso y qué es esencialmente la vida religiosa*. Muchos siguen cifrando su *identidad* en las obras asistenciales, benéficas o apostólicas que realizan o en las tareas de servicio que cumplen en favor de los demás. Ni siquiera han advertido que «las mismas obras de apostolado -a que ellos se dedican- pueden ciertamente ser llevadas a cabo sin la consagración que nace del estado religioso» (RC, 2). Y no pocos se preguntan, con cierta desdeñosa ironía, qué significa y para qué sirve la vida religiosa, si ellos podrían seguir *haciendo* todo lo que ahora *hacen* sin necesidad de continuar siendo religiosos.

La Sagrada Congregación para la Educación Católica apuntaba ya entonces una tarea que todavía hoy es urgente y daba una consigna -para resolver esta crisis de identidad- que conserva toda su actualidad.

«La mejor manera -afirmaba- de superar radicalmente esta crisis de identidad de su vocación consiste en centrar teológicamente su vida» (24-X-1970).

Centrar teológicamente la vida religiosa. es la manera más eficaz de resolver, desde sus mismas raíces, el problema de su identidad y de su significación en la Iglesia y para el mundo.

## **2. Centrar 'teológicamente' es centrar 'cristológicamente'**

La *teología*, que es la ciencia de Dios en cuanto revelado y comunicado a los hombres, es esencialmente *cristología*. Porque Dios sólo se nos revela y se nos comunica en la Persona de Jesucristo. De Dios sólo sabemos lo que él mismo nos ha dicho en Cristo. Porque Cristo es la revelación total del Padre. «Quien me ve a Mí, dijo Jesús, ve a mi Padre» (Jn 14,9). «Nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquél a quien el Hijo quisiere revelárselo» (Mt 11,27). «Todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer» (Jn 15,15). Cristo es la verdadera 'teología': la ciencia personal, la Palabra de Dios hecha carne (cf. Jn 1,14).

Por eso, centrar *teológicamente* la vida religiosa es centrarla *crístológicamente*. Sólo en Cristo y desde Él tiene pleno sentido. El modo histórico de vida y de existencia humana que Cristo adoptó al venir a este mundo constituye el fundamento último y la definitiva justificación de la llamada 'vida religiosa'. La *virginidad*, la *obediencia* y la *pobreza*, que -vivas en comunidad son la urdimbre misma de este género de vida, son precisamente las tres dimensiones más esenciales del vivir humano de Cristo. De hecho, Cristo vivió así: en *virginidad*, es decir, en amor total e inmediato al Padre y a los hombres todos, renunciando a toda mediación, a todo exclusivismo y a toda polarización; en *obediencia*, es decir, en total sumisión filial al querer del Padre manifestado a través de múltiples mediaciones humanas; en *pobreza*, es decir, en absoluta confianza en el Padre, apoyándose exclusivamente en El, en disponibilidad total de lo que era y de lo que tenía para los demás y en insobornable libertad interior y exterior frente a todos los bienes de este mundo.

La *vida* de Cristo es la gran *palabra* que Cristo pronuncia. La palabra más clara y la más decisiva de todas. La única palabra verdaderamente incontrovertida e incontrovertible. Las demás palabras de Cristo hay que interpretarlas a la luz de esta primera y original palabra que es su propia vida. Esta es la roca viva en que se cimienta la vida religiosa.

El Concilio ha enseñado abiertamente que los llamados 'consejos' evangélicos y el hecho mismo de aspirar a la vivencia del amor perfecto por medio de ellos son un *don divino* que la Iglesia recibió de su Señor y que *se fundan* en las palabras y ejemplos de Cristo y *traen su origen* de su *vida* y de su *doctrina* (cf. LG 43; PC 1). Esto significa afirmar definitivamente el origen y fundamento crístológico de la vida religiosa.

Jesucristo es, pues, el punto obligado y decisivo de referencia para entender, en su verdadera significación y en su último sentido, la vida consagrada y cada uno de los elementos que la integran. La vida de Cristo es la clave de interpretación y el paradigma supremo de la vida religiosa en todas sus formas. La virginidad, la obediencia y la pobreza desvinculadas de la Persona de Jesucristo en su modo histórico de vivir, pierden todo su valor evangélico y quedan reducidas a simples medios ascéticos impersonales y neutros y, en consecuencia, privadas de su mejor sentido. Los llamados 'consejos' evangélicos sólo pueden entenderse como *actitudes básicas* -interiores y exteriores, a la vez-, es decir, como *actitudes totales* vividas por Cristo de cara al Padre, a los hombres y a todas las cosas.

Constituyen su estilo propio y original de vivir como hombre en este mundo. Son la «realización y expresión sensible de su entera dedicación a la vida del Reino, prefiguración y vivencia anticipada de la completa donación de su vida como sacrificio por la redención del mundo»<sup>1</sup>.

Lo más originario en la vida religiosa no es su condición de 'signo' o de 'testimonio', sino el hecho de ser *seguimiento de Cristo*, o sea, configuración real con El y reproducción en la Iglesia de su mismo estilo de vida. El valor significativo y testimoniante es también esencial a la vida religiosa; pero como lógica consecuencia de ser, antes que nada, *seguimiento evangélico de Cristo*.

Todos los intentos de explicar o de justificar la vida religiosa desde el servicio social que presta o desde su condición de signo, de testimonio o de anuncio del Reino futuro son, por lo menos, insuficientes. Sin embargo, el hecho histórico de que Cristo, al venir a este mundo, haya vivido en virginidad, en obediencia y en pobreza, como expresión de total donación de sí mismo al Padre y a los hombres y como el modo de vida más adecuado a su misión de inaugurar el Reino y de hacerlo presente ya ahora en la tierra, es garantía suficiente para vivir así y justificación total de este género de vida.

### 3. *Seguimiento evangélico de Cristo*

Bastaría recordar dos textos conciliares -entre otros muchos- para conocer la importancia básica que, según el magisterio de la Iglesia, tiene el concepto evangélico de *seguimiento de Cristo*, en orden a entender qué es y qué significa la vida religiosa y cuál es su misión esencial en la Iglesia.

«Siendo *la norma última* de la vida religiosa *el seguimiento de Cristo* tal como se propone en el Evangelio, ese -seguimiento- ha de ser tenido por todos los Institutos como *regla suprema*» (PC 2, a).

«Ordenándose, *ante todo*, la vida religiosa a que sus miembros *sigan a Cristo...*» (PC 2, e).

La Exhortación Evangélica Testificado afirma: «*El seguimiento de Cristo* según la doctrina del Evangelio ha de ser tenido por *la máxima regla* y por *la más segura norma* de la vida religiosa» (ET 12).

El documento *Mutuae relationes*, elaborado conjuntamente por las Sagradas Congregaciones de Obispos y de Religiosos, define la vida religiosa en estos términos:

«El estado religioso *consiste en el seguimiento de Cristo*, mediante la pública profesión de los consejos evangélicos de castidad, obediencia y pobreza en vida comunitaria» (MR 10).

Desde *el seguimiento evangélico de Cristo* cobran sentido y unidad todos los demás aspectos o elementos de la vida religiosa. Desde aquí -y sólo desde aquí- se alcanza una visión de conjunto, orgánica y perfectamente lógica, de todo lo que es y comporta esencialmente la vida religiosa. El *seguimiento de Cristo* es, pues, *norma última, regla suprema, el 'ante todo'* de la vida religiosa y aquello en lo que *consiste* esencialmente. Por eso no es 'medio', sino 'fin' en sí mismo y no puede subordinarse a nada, ni siquiera al anuncio del Evangelio.

Los Superiores Generales han dicho con notable precisión: «Los religiosos *siguen a Cristo no para anunciar el Evangelio*, sino más bien *anuncian el Evangelio porque siguen a Cristo*»<sup>2</sup>.

Seguir a Cristo es configurarse con El, perpetuando en la Iglesia y para el mundo su mismo género de vida. Y éste es el sentido último y la misión esencial -irreemplazable- de la vida religiosa. Este es el servicio sustantivo que los religiosos -en respuesta a una peculiar vocación divina- prestan a los demás hombres. «Esta es la opción fundamental de su

existencia cristiana y la tarea que, ante todo, deben realizar dentro de su forma de vida propia» (MR 14, a).

No se trata, por tanto, de vivir simplemente en virginidad, en obediencia y en pobreza. Porque han existido y existen todavía múltiples formas históricas de entender y de vivir la pobreza, la obediencia y la misma virginidad. Se trata de vivir o, más exactamente, de revivir estas actitudes o dimensiones *tal como las vivió Cristo* y no nos interesa ninguna de esas formas o modos históricos, sino sólo y únicamente *la vida de Cristo: su virginidad, su obediencia y su pobreza*. Por haber olvidado esta explícita y fundamental referencia a la Persona de Cristo en su modo concreto de vivir para Dios y para los hombres, hemos sufrido y seguimos sufriendo lamentables confusiones y no pocos equívocos.

Nuestra virginidad, por ejemplo, no puede parecerse al celibato de Jeremías o al de los Esenios, sino a la virginidad vivida por Cristo. Por eso tampoco puede reducirse a una simple 'castidad' -virtud reguladora del apetito genésico, según las exigencias del propio estado de vida-, sino que tiene que ser exactamente lo que fue en el mismo Cristo: amor divino y humano, *amor total e inmediato* al Padre y a todos los hombres, renuncia abierta y decidida a toda mediación en el amor, anticipación aquí y ahora del modo de vida que todos tendremos en el Reino consumado, profecía en acción de la futura inmortalidad, fundación de una familia universal no basada en la carne ni en la sangre, presencia de la gloria transformadora de Cristo resucitado, etc.

#### 4. *¿Qué es seguir evangélicamente a Cristo?*

Intentamos ahora señalar, de forma descriptiva y sintética, los distintos elementos que constituyen *el seguimiento de Cristo*, según el Evangelio. Pero advertimos que todos estos elementos deben entenderse siempre como aspectos complementarios e integrantes de una misma realidad y nunca como realidades yuxtapuestas o independientes entre sí.

a) *Seguir a Cristo es, ante todo, ser llamado por él (=vocación)*. Seguir a Cristo es *ser llamado por Él*. La iniciativa es siempre y únicamente suya. Se excluye positivamente toda idea de mérito. Supone gratuidad absoluta y depende enteramente de su voluntad. «Llamó a los que Él quiso» (Mc 3,13). «No me habéis elegido vosotros a Mí; soy yo quien os he elegido a vosotros» (Jn 15,16). La vocación está a la base de todo lo verdaderamente cristiano. Y en esto se diferencia -radicalmente- el hecho religioso universal (=religión) del hecho específicamente cristiano (=evangelio). En el primero, todo parte del hombre, es tarea humana; en el segundo, todo parte de Dios, es gracia. Y la vocación, por su misma naturaleza, es un *don*, en sentido estricto, antes de ser una exigencia. Por lo mismo, implica gratuidad. Es un don de amor y, por consiguiente, un don definitivo e irrevocable (cf. Rm 11,29), como todos los dones que tienen como raíz última el amor y no se apoyan en ningún otro motivo o razón.

***La vocación es un don personal que implica 'comunitariedad' y que debe vivirse en comunidad porque se convierte siempre en 'convocación' respecto de aquellos que han recibido el mismo don de gracia.***

Es un don actual, siempre presente y actuante. En Dios *llamar es dar*, es decir, crear en el llamado una capacidad activa de respuesta a su llamada. Y Dios no cesa de llamar y por eso está siempre dando y creando en el llamado el 'don' original de la vocación, que es -a su vez- condición y principio de otros dones. La vocación es un don dinámico: exige crecimiento en la fidelidad. Hay que ir asimilando e incorporando este don a la propia vida (cf. 2Pe 1,10). Hay que 'consentir' en la vocación, creer en ella y acogerla diariamente en la fe.

El sentido de la *gracia*, de la *gratuidad* y, en consecuencia, de la *gratitud* es el más genuino sentido cristiano y evangélico. Este sentido debe presidir y regir toda forma de vida cristiana; pero, de una manera singular, la vida religiosa, que es 'vocación' específica dentro de la común vocación cristiana, porque es una nueva y ulterior llamada de Dios, un nuevo don y una nueva gracia, con implicaciones nuevas y con nuevas exigencias.

El sentido, pues de *vocación*, es decir, de que todo en la vida religiosa arranca de la iniciativa personal y gratuita de Jesús y de que todo en ella intenta responder a una llamada de gracia, debe ser el primer dato de conciencia para un religioso. Esta realidad fundamental tiene que vivirla siempre de forma explícita y consiente. No puede olvidarla nunca y ni siquiera darla por supuesta. Debe aflorar permanentemente a la conciencia -personal y comunitaria- y orientar la vida en todas sus dimensiones.

Ahora bien, creemos que de la conciencia de no pocos religiosos y religiosas se ha ido desvaneciendo el genuino sentido de la vocación y de la llamada gratuita, personal e irrevocable por parte de Dios. La idea del 'compromiso', de la 'opción' personal o de la 'responsabilidad' -no rectamente entendida- ha suplantado algunas veces el verdadero sentido de la gracia y de la vocación. Han olvidado que, precisamente la 'responsabilidad' es la capacidad para 'responder', y que toda respuesta supone una llamada; y que nuestro compromiso y opción personal por Cristo está precedido y posibilitado por el compromiso y la opción -elección- de Cristo por nosotros.

El verdadero religioso pretende alcanzar a Cristo, consciente -como San Pablo- de haber sido previamente alcanzado por él (cf. Filip 3,12). Sabe que no ha sido él quien ha elegido a Jesús, sino que es Jesús quien le ha elegido a él (cf. Jn 15,16). Y ésta es su gran seguridad. Porque sabe que Jesús es fiel y no se arrepiente nunca de sus dones, ni siquiera cuando nosotros somos infieles, «ya que no puede negarse a sí mismo» (2Tim 2,13).

El Concilio hizo una llamada apremiante a todos los religiosos: «Recuerden, ante todo, los miembros de cualquier Instituto que, por la profesión de los consejos evangélicos, *respondieron a una vocación divina*» (PC 5).

Pablo VI volvió a decir: «*Respondiendo libremente a la llamada del Espíritu Santo, habéis decidido seguir a Cristo*» (ET 7).

Lo más originario del *seguimiento de Cristo*, tal como se propone en el Evangelio, es que Jesús no espera a que vengan sus 'discípulos', sino que se adelanta a llamarlos por propia iniciativa. Esta manera de proceder es del todo original y distingue radicalmente el seguimiento de Jesús del seguimiento de cualquier otro maestro en Israel.

b) *Seguir a Cristo es vivir con él, viviendo, al mismo tiempo, con los otros seguidores suyos (=convivir, comunión de vida)*. Compartir su modo de vida y de existencia. La *vida comunitaria* es e contenido primero de vocación y el núcleo mismo del seguimiento evangélico de Cristo.

«Eligió a los que Él quiso -nos recuerda San Marcos- y vinieron donde Él. Instituyó a Doce *para que vivieran con El*» (Mc 1,13-14).

Si lo más nuclear de la vida religiosa es *el seguimiento de Cristo*, lo más nuclear del seguimiento evangélico de Cristo es *la vida comunitaria*, si se la entiende adecuadamente. Por eso se la llama el 'consejo integral', porque integra, condensa y resume lo que la vida religiosa es en sí misma. Desde ella cobran sentido unitario todos los demás elementos que constituyen este modo de vida cristiana. Ella es raíz y fruto, a la vez, de la virginidad, de la obediencia y de la pobreza.

Seguir a Cristo es *vivir con Cristo*. Y ésta es la mejor definición de *vida comunitaria*. «Instituyó a Doce *para que vivieran con El*» (Mc 3,14). La comunidad es la *común unidad* de cada uno y de todos con Cristo. La comunión es la *común unión* con Cristo y en Cristo. Sólo en El y desde Él nos unimos entre nosotros. Cristo es el centro vivo de la comunidad. Por eso la comunidad no tiene una estructura que podríamos llamar 'periférica' -de relación inmediata de unos con otros-, sino que tiene una estructura que podríamos llamar 'radial' -todos y cada uno con uno solo, que es Jesús-. Cristo es la 'relación' más profunda que une a las personas entre sí. Es el 'bien común' de todos y de cada uno. Cristo no separa nunca. Cristo une siempre, sin uniformar. Él es la gran 'inmediación' que liga y religa a sus discípulos entre sí y les convierte en comunidad.

La misma forma en que se presentan los distintos relatos de vocación e incluso la palabra que emplea Jesús -recordada en el Evangelio- expresan claramente esta idea y sugieren este sentido. «*Sígueme*» (Mt 9,9; etc.). «*Seguidme*» (Mt 4,19). Se trata de seguirle a Él personalmente; no de seguir a los otros discípulos. Vivir en relación personal con Cristo se convertirá, como lógica consecuencia, en vivir en relación personal con los otros seguidores del mismo Cristo. Pero esta segunda relación es derivada Y dependiente de aquella otra, que es la primera y la más fundamental. La unión de cada uno y de todos con Cristo es no sólo anterior a la mutua unión de los discípulos entre sí, sino también su fundamento último y su mejor garantía. A su vez, la comunión fraterna significa y expresa sacramentalmente y del modo más fehaciente la comunión con Cristo. Por eso, la *vida comunitaria* es el signo de los signos, la realidad más transparente del Reino de los Cielos y es también el supremo testimonio que puede dar la vida religiosa y su palabra más inequívoca de evangelización.

La *vida comunitaria*, por lo tanto, no consiste en estar juntos o en cooperar, como miembros de un equipo, a la realización de una determinada tarea de carácter social o apostólico, sino en *estar* afectiva y realmente *unidos* con Cristo y entre sí, compartiéndolo todo desde los niveles más profundos.

c) *Seguir a Cristo es compartir su misión.* -«Y para enviarles a predicar», añade San Marcos (Mc 1,14). Compartir la vida de Cristo implica *compartir su misión*, que consiste en adelantar aquí y ahora el modo de vivir propio del Reino consumado: anunciar y traer ese mismo Reino. La vida histórica de Cristo es su esencial modo de evangelizar, es decir, de proclamar la irrupción definitiva del amor de Dios a los hombres. Seguir a Cristo es cumplir, prolongar y perpetuar en el mundo, mediante un estilo original de vida y por medio de múltiples servicios de amor, su misma esencial misión evangelizadora. Por eso, la vida religiosa, como ha recordado oportunamente la III Conferencia del Episcopado Latinoamericano, en Puebla, es 'evangelizadora' en todas y desde todas sus dimensiones: en su *ser* y en su *quehacer*. Todo en la vida religiosa -consagración, votos, vida comunitaria, etc.- y no sólo la acción pastoral, en la medida en que es auténtico, es anuncio y presencia anticipada del Reino consumado y, por lo mismo, verdadera 'evangelización'. «*El conjunto de toda la vida religiosa -añade Puebla constituye el modo específico de evangelizar propio del religioso*» (Documento final, n. 567).

d) *Seguir a Cristo es vivir como él* (=configuración con Cristo-virgen-obediente-pobre: consagración). Seguir a Cristo, hemos dicho, es *vivir con Cristo*. Ahora bien, *vivir con Cristo* es *vivir como Cristo*. El seguimiento evangélico no implica sólo estar al lado de Cristo o acompañarle, sino compartir sus mismos riesgos y esperanzas, es decir, compartir su misma vida: *vivir como él*. Y *vivir como Cristo* es configurarse progresivamente con su estilo de vida, adoptar sus mismas actitudes interiores, dejarse invadir por su espíritu, asimilar su extraña lógica y su escala de valores, identificarse con él afectivamente hasta vivir sus mismos estados espirituales.

*Vivir como Cristo* es configurarse con «el consagrado», en estas tres dimensiones esenciales de su misterio pascual o proceso de 'consagración' o anonadamiento, que son la *virginidad*, la *obediencia* y la *pobreza*:

En *amor total e inmediato, divino y humano, al Padre y a los hombres* (=virginidad), renunciando abiertamente a toda mediación, a toda polarización y a toda posible forma de egoísmo...

En *actitud de total y gozosa docilidad a la voluntad de Dios, manifestada a través de múltiples mediaciones humanas* (=obediencia), sin relativizarla nunca y sin reducirla al ámbito de lo mandado y de lo prohibido...

En *disponibilidad total de lo que se es y de lo que se tiene para los demás* (=pobreza), viviendo decididamente para los otros, dándolo todo y dándose a sí mismo sin reservas, compartiendo no sólo los bienes materiales, sino también y principalmente la propia fe y la experiencia de Dios...

Cristo es un *Hombre enteramente libre* y un *Hombre enteramente para los demás*. Se vive a sí mismo -se desvive- en total donación de amor al Padre y a todos los hombres. Y eso mismo tiene que ser el religioso.

e) *Seguir a Cristo es ser perpetuo discípulo (=docilidad)*. La docilidad como actitud permanente es condición indispensable del seguimiento evangélico de Cristo. Y esta docilidad implica: dejarse enseñar y querer aprender. Cristo sigue siendo el único Maestro que enseña a través de múltiples mediaciones humanas. El seguidor de Cristo no puede pretender convertirse un día en 'maestro'. Tiene que saberse y sentirse *perpetuo discípulo* suyo. «Vosotros, dijo Jesús, no os dejéis llamar 'maestros', porque *uno sólo es vuestro Maestro*» (Mt 23,8).

f) *Seguir a Cristo es estar dispuesto a todo por él (=disponibilidad total)*. -La mejor definición de la fe y del amor es la *disponibilidad total*. La vida religiosa convierte en *acto* y en ejercicio permanente esta disponibilidad total, no sólo como *actitud interior* -que es condición básica para todo creyente, sin posible excepción-, sino también, y al mismo tiempo, como *actitud exterior*<sup>3</sup>. Es no sólo 'estar dispuestos a perderlo todo' por Cristo, sino *perderlo todo de hecho por él*, como los apóstoles<sup>4</sup>.

g) *Seguir a Cristo es fiarse de él sin otra garantía que él mismo*. Creer en él con fe total, sin haberle visto (cf. Jn 20,29; 1Pe 1,8-9). Apoyarse exclusivamente en él. Jesús tiene una pedagogía original para enseñar a sus discípulos -y, en ellos, a nosotros- a fiarse de él infinitamente, sin posible vacilación. Cuando todo falla, todavía queda él como recurso definitivo. Cuando todo está irremediabilmente perdido, todavía Jesús puede salvar si se cree en su amor y en su poder. No existe ninguna situación absolutamente desesperada o desesperante. La fe total en Jesús puede reestructurar por dentro a una persona y restaurar, desde sus mismas raíces, una psicología humana. Y la vida religiosa, entendida y vivida sin buscar sutiles 'compensaciones', es un acto permanente de *fe total* en Jesús, de salto en el vado, que es -en última instancia- salto en la plenitud.

h) *Seguir a Cristo es renunciar a toda seguridad fuera de él*. Cristo debe ser, para el discípulo, la suprema y la única *seguridad*. Creer es apoyarse en otro. Y decir *amén* a alguien es convertirle en 'seguridad' para uno mismo. Un discípulo sólo puede apoyarse en Jesús, y sólo a él le puede decir *amén*. No puede buscar su 'seguridad' en la riqueza, en el poder, en el prestigio, en los otros hombres, ni en la reglamentación de la vida o en las leyes y estructuras de una institución, sino sólo en Jesús.

Pero ¿es realmente una exigencia del seguimiento de Cristo renunciar a toda forma de seguridad? Más aún, ¿esta renuncia sería posible? Y, en caso afirmativo, ¿sería lícita? Conviene examinar con espíritu crítico es de la fe, por supuesto- aun las afirmaciones, al parecer, más ortodoxas y exactas; porque muchas de ellas pueden resultar, por lo menos, equívocas, sin una matización teológica. Hay formas o medios de 'seguridad' a los que ni siquiera es posible renunciar; por ejemplo, la salud, la inteligencia, la formación recibida, etc. Y si fuera posible esta renuncia, no sería lícita ni favorecería a nadie. El seguimiento evangélico

de Cristo exige renunciar a toda forma de seguridad *que pueda oscurecer -ante la propia conciencia o ante los demás- que Cristo es la única seguridad*. El religioso no renuncia, ni tiene que renunciar a su capacidad mental, a su estado de salud, ni a la formación humana, teológica o profesional que ha recibido y ni siquiera a la que puede recibir en el futuro. Renuncia, en cambio, decididamente, a emplear estas formas o medios de 'seguridad' en provecho propio, para emplearlos en favor de los demás y ponerlos al servicio incondicional de los otros.

Mientras que la mayoría de los hombres emplea su salud, su inteligencia y su formación para ganar dinero, para buscarse 'seguridades' y bienestar personal, el religioso compromete todo lo que es y todo lo que tiene en beneficio de los demás, como Cristo.

i) *Seguir a Cristo implica una decisión personal que compromete toda la vida* (cf. Lc 14, 28 s). -La llamada de Dios hace al hombre «responsable», en el sentido etimológico de la palabra, porque le hace capaz de 'responder' y porque le exige una 'respuesta'. El llamado tiene que decidirse, desde la libertad y el amor, es decir, comprometidamente. Consciente de su vocación y apoyado en la fidelidad inquebrantable de Dios, debe pronunciar un *sí* definitivo y total.

j) *Seguir a Cristo es imitarle*. -El seguimiento evangélico de Cristo es un proceso de configuración progresiva con él en las tres dimensiones esenciales de su vida: virginidad, obediencia y pobreza; dejándose invadir -en docilidad activa- por su Espíritu, hasta llegar a su plena madurez de hombre perfecto (cf. Ef 4,13). Supone y es un real parecido con Cristo. Juan Pablo II ha dicho: «Seguir a Cristo es algo existencial. Es querer *imitarlo* hasta el extremo de *dejarse configurar con él*, asimilarse a él, hasta el punto de ser 'como otra humanidad suya', según las palabras de Sor Isabel de la Trinidad. Y ello en su misterio de castidad, pobreza y obediencia» (31-V-1980).

\*\*\*

En apretada síntesis, podríamos decir:

Toda verdadera *fundamentación teológica* de la vida religiosa es, de hecho, una *fundamentación cristológica*. La razón última de la vida religiosa y su definitiva justificación es la Persona de Jesús en su modo histórico de vivir para Dios y para los hombres en este mundo.

Por eso, el *seguimiento evangélico de Cristo* es -en afirmación del Concilio Vaticano II- la *norma última*, la *regla suprema* y '*el ante todo*' de la vida religiosa en todas sus formas (PC 2, a, e).

Ahora bien, *seguir a Cristo* es, en primer lugar, *ser llamado por él*. La iniciativa personal y gratuita del Señor está a la base misma de su seguimiento. Por eso, la conciencia viva de vocación debe presidir y regir la vida entera del religioso.

¿Para qué llama Jesús? «Instituyó a Doce, dice San Marcos, *para que vivieran con él* y para enviarles a predicar» (Mc 3,14). Seguir a Cristo es vivir *con él*. Compartir su vida y su misión. Por eso, la *vida comunitaria* (= *común unión* de cada uno y de todos con Cristo, que se convierte en comunión de los discípulos entre sí) es el núcleo mismo del seguimiento evangélico de Cristo.

Pero vivir *con Cristo* no es simplemente estar a su lado, sino vivir *como él*. Seguir a Cristo es *vivir como Cristo vivió*. Por eso es una *real configuración con 'el Consagrado'* (=consagración, virginidad-obediencia-pobreza: dimensiones esenciales de la vida de Cristo).

Dios, mediante el compromiso público y definitivo del cristiano (=profesión religiosa) de vivir estas tres dimensiones de la vida de Cristo, toma especial posesión del mismo y lo configura con Cristo, es decir, *lo consagra*.

*La vivencia comunitaria de la virginidad-obediencia-pobreza de Cristo* constituye la esencia misma de la vida religiosa y es *la misión sustantiva* que ella tiene que cumplir en la Iglesia y para el mundo.

## **5. Hacia una definición teológica de vida religiosa**

La vida religiosa es una experiencia de fe. Por eso, sólo puede entenderse verdaderamente desde la misma fe. Intentar comprenderla desde otros presupuestos es condenarse irremediabilmente a no comprenderla.

*La vida religiosa es una re-presentación sacramental en la Iglesia de Cristo-virgen-obediente-pobre*. El adjetivo 'sacramental' debe entenderse en referencia explícita al 'sacramento'. Quiere, por lo mismo, indicar la idea de *visibilidad*, de *realismo* y de *eficacia*. No se trata simplemente de algo convencional o meramente intencional, sino de algo real y verdadero.

La vida religiosa *re-presenta*, es decir, *presenta de nuevo*, perpetúa, renueva y prolonga en la Iglesia el género de vida vívido por Cristo, o más exactamente, *a Cristo mismo que sigue viviendo todavía su misterio de virginidad, de obediencia y de pobreza*.

Esta *re-presentación* se llama 'sacramental' porque es *visible, verdadera y real*. La nota de 'visibilidad' es propia de todo signo; y en la vida religiosa la plenitud de esa visibilidad se consigue y se expresa en la *vida comunitaria*. Los llamados 'consejos' evangélicos son los aspectos principales de esta re-presentación sacramental.

La *misión* insustituible de la vida religiosa -su *identidad* consiste en *hacer de nuevo visible y realmente presente entre los hombres a Cristo-virgen-obediente-pobre*.

El estado religioso, afirma el Concilio Vaticano II, «imita más de cerca y *representa perennemente en la Iglesia el género de vida que el Hijo de Dios tomó cuando vino a este mundo* para cumplir la voluntad del Padre y que propuso a los discípulos que le seguían» (LG 44).

Y añade el mismo Concilio:

«Cuiden los religiosos con atenta solicitud de que, por su medio, la Iglesia *haga visible realmente mejor cada día a Cristo ante fieles e infieles*<sup>5</sup>... *Los consejos evangélicos... son capaces de configurar mejor al cristiano con el género de vida virginal y pobre que Cristo Señor escogió para sí, y que abrazó su Madre, la Virgen*» (LG 46).

*El religioso es un cristiano, llamado por especial y ulterior vocación divina y consagrado por Dios mediante la profesión religiosa, para configurarse realmente con Cristo-virgen-obediente-pobre, y de este modo hacerle visiblemente presente en la Iglesia en estas tres dimensiones esenciales de su proyecto de vida. Por eso, el religioso es la presencia o re-presentación sacramental (=visible y real) en la Iglesia de Cristo-virgen- obediente-pobre.*

En la realización de todas las tareas asistenciales o apostólicas que llevan a cabo los religiosos pueden ser sustituidos -al menos en línea de principio- por personas seglares no consagradas (cf. RC 2).

Sin embargo, en su misión esencial de re-vivir y perpetuar en la Iglesia y para el mundo la misma vida de Cristo, permitiéndole seguir viviendo real y visiblemente entre los hombres el misterio de su virginidad, de su obediencia y de su pobreza, la vida religiosa es absolutamente insustituible, de tal modo que, sin la vida religiosa -como ha recordado Juan Pablo II- «la Iglesia no sería en plenitud ella misma» (24-XI-1978).

\* \* \*

La Virgen María, como afirmó Pablo VI en la Clausura de la III Sesión del Concilio Vaticano II, «*realizó en su vida terrena la perfecta figura del discípulo de Cristo...* y encarnó las Bienaventuranzas evangélicas... Por lo cual, *toda la Iglesia encuentra en ella la más auténtica forma de la perfecta imitación de Cristo*» (21-XI-1964).

La vida religiosa es también imitación y seguimiento de María. Los mismos 'consejos' evangélicos realizan una verdadera configuración con María en su género de vida virginal, obediente y pobre (cf. LG 46) y en su *consagración* total a la Persona y a la obra de su Hijo (cf. LG 56).

Ella es modelo y principio activo de seguimiento evangélico de Cristo y garantía de fidelidad a Dios y a los hombres.

Lectura personal de: AT01 anexo 01 - esbozo histórico de la vida consagrada

## **Capítulo I: EL ASCETISMO PREMONÁSTICO**

## Técnica de verificación

El **NER**, es una técnica de verificación que permite destacar de un tema determinado los aspectos: *novedosos*, haciendo *énfasis* en los conocidos y que resultan necesarios resaltar y los datos *relacionados* con otros conocimientos ya adquiridos; esto con el propósito de profundizar en un determinado contenido sintetizándolo, para extraer de lo estudiado lo más relevante.



## Actividad

Realizar un NER a partir del estudio de la presente ficha.

## REFERENCIAS

1. SEBASTIÁN AGUILAR, F., C.M.F., ¿Podremos ver la verdadera renovación de la vida religiosa?, en *Religiosos y religiosas ante la Iglesia de mañana*, PPC, Madrid, 1969, p. 32. Cf *ib.*, pp. 31-32: «La teología más alerta sobre la naturaleza de la vida consagrada trata de individuar este género de vida dentro de la Iglesia por la configuración integral con el género de vida que llevó Jesús mientras vivió en carne entre los hombres... En esta realización comunitaria del Cuerpo de Cristo, los religiosos tenemos la misión específica de perpetuar en la Iglesia y en el mundo el género de vida que Jesús adoptó en la tierra como más adecuada para expresar su entera dedicación a los bienes del Reino y a su inauguración en el mundo.
2. Cf *Vida Religiosa*, 38 (1975) 346.
3. Para comprender mejor cómo se vive esta disponibilidad total en la vida seglar cristiana y en la vida cristiana, religiosa, cf. ALONSO, Severino Ma., C.M.F., *Las Bienaventuranzas y la vida consagrada en la transformación del mundo*, Instituto Teológico de Vida Religiosa, Madrid, 5ª ed., 1981, páginas 46-48.
4. Cf Mt 19,27; Lc 5,11.28; Filip 3,8.
5. El Concilio dice textualmente: «*revera Christum in dies, sive fidelibus sive infidelibus, melius commonstret.*» El verbo latino *commonstrare* podría traducirse correctamente por: hacer visible o mostrar comunitariamente.